

David Rotger

Por las futuras generaciones



Entre los grandes retos a los que parece nos vamos a enfrentar los humanos, está incluido el de pervivir; el más importante de todos. Para ello se deberá producir una conjugación entre la ciencia y el buen gobierno. La ciencia ha sido crucial, tanto para la sabiduría como para el avance tecnológico de la humanidad. La gestión de los gobiernos ha sido de dudosa eficacia.

El mayor logro de cualquier democracia es que sus ciudadanos vivan en libertad, en una sociedad bien gestionada. Para conseguirlo se necesita, además de que las personas asuman e interioricen los valores democráticos, elegir a buenos gobernantes: una responsabilidad tanto de electores como de candidatos. Los candidatos a ocupar un cargo público deberían asumir que aceptarlo sabiéndose poco competentes para ejercerlo, es indigno y deleznable; por el contrario, renunciar a un cargo por parte de quien se siente poco preparado, dignifica a la persona que renuncia.

Por otro lado, si los electores no se implican en la exigencia de la honestidad de los cargos públicos, si las conductas inaceptables no se reflejan de inmediato en la intención de voto, entonces los electores también son una parte del problema. Las quejas por la corrupción, por sí solas, no sirven para nada y, si no se reacciona con contundencia, no deja de ser un lamento estéril. En todo lo que planteo me estoy refiriendo exclusivamente a la honestidad, no a la ideología, con la convicción de que, si se garantiza la honestidad en quienes integran un gobierno, el peso de la ideología, en la persecución de la justicia y el bien común, tendrá una importancia secundaria. Tanto es así como que los desafíos a los que nos enfrentaremos, algunos de los cuales propondré más abajo, supondrá unos sacrificios que comprometerán el bienestar de la mayoría (solo quien crees honesto y competente te puede pedir sacrificios).

La democracia exige vivir en una libertad supeditada a la ética. Tal cosa implica una gran responsabilidad: compaginar necesidades, deseos y sensatez. Es posible que una democracia eficiente sea la culminación de un largo proceso educativo, que la sociedad debe seguir en paralelo, hasta que se logren asentar los ya mencionados valores democráticos en una parte significativa de sus ciudadanos: la suficiente como para crear hábitos de conducta sociales.

Una vez planteada la necesidad del buen gobierno para superar los grandes retos, plantearé aquellos que me merecen una mayor consideración. Los humanos tenemos un ineludible compromiso con el mundo: con el planeta y con el resto de las especies que habitan en él. Esa responsabilidad surge de la capacidad potencial de destruirlo. Sólo los humanos hemos adquirido esa condición y solamente el buen gobierno puede controlar ese potencial destructor. En un mundo en el que equipos científicos de prestigio plantean la cercanía de la extinción humana, contar con buenos gobernantes es una cuestión de supervivencia.

Enumeraré los graves asuntos a los que, en mi opinión, nos estamos enfrentando:

1º El cambio climático. Lo hemos provocado en gran medida los humanos y, a pesar del peligro que se cierne para la continuidad de la especie, y por duro que suene, parece tener un mayor peso el beneficio a corto plazo que el futuro de las generaciones venideras.

2º Contaminación. El mar ya es un vertedero de plástico inmenso y la producción del de un solo uso sigue aumentando. Los metales pesados ya se encuentran en muchas de las especies marinas de consumo habitual.

3º Masificación humana y sobreexplotación de los recursos. Somos demasiados, en un crecimiento exponencial y estamos esquilmando el planeta.

4º El control de los Big Data puede conducir a controlar lo que la gente piensa, destruyendo el mismo sentido de la libertad y de la democracia.

5º Diversos estudios sugieren que en la política y en los grandes negocios, los individuos psicópatas proliferan.

Para intentar sortear estas dificultades, únicamente plantearé algunas acciones sobre el sistema educativo, sencillas, pero que en mi opinión podrían ser contundentes.

El largo camino hacia la eficiencia democrática necesita consolidar tres conceptos: **Escucha activa, empatía y ética.** Las personas crecemos en un ambiente competitivo que no favorece ni aprender a escuchar ni a empatizar. Aunque parezca una nimiedad, lo cierto es que cuando una conversación deriva hacia una discusión, por lo general se entra en un estado en el que se busca ganar y se pierde la capacidad de escuchar los argumentos del otro. Como consecuencia se desaprovechan demasiadas oportunidades de aprender, porque cambiar de opinión, tras un debate de ideas, en absoluto es perder, muy al contrario, es hacer un aprendizaje. Si cambias una creencia, solo se puede haber producido tras asimilar algo que no sabías.

El sistema educativo debería incluir técnicas de comunicación eficiente, en las que los escolares asimilaran un lenguaje facilitador de la comunicación, aprendiendo a evitar el uso de frases agresivas que interfieren y ponen a la defensiva al interlocutor. Se trata de que las personas lleguen a la edad adulta con una capacidad de la que la mayoría carece: la de atender y comprender los argumentos del otro. Si una parte significativa de la población, la que permitiera crear hábitos de conducta, consiguiera esa habilidad, las

consecuencias podrían ser espectaculares para el futuro de esa sociedad. El hecho de mantener en el tiempo la práctica de esas técnicas, conllevaría la creación de las sinapsis neuronales y los circuitos estables que conseguirían individuos de mente abierta y probablemente, a la larga, una sociedad mucho más eficaz buscando soluciones.

Imaginemos que entre los humanos la mayoría tuviéramos la capacidad de empatizar. Los planteamientos distintos sobre una cuestión adoptarían más la forma de una interesante conversación, que la de una polémica discusión competitiva. Al haber un verdadero interés en comprender al interlocutor, se ensancharían las posibilidades de lograr un entendimiento o de aceptar un cambio de postura. Cuando hoy en día observamos las discusiones de algunos parlamentos, podemos afirmar que lo que se pretende es derrotar al adversario político. No parecen buscar lo mejor para la sociedad a la que representan y ya nadie se sorprende por ello: se acepta como un mal irremediable. Se utiliza la demagogia y la falsa información para desprestigiar al rival: gobierno u oposición. Con demasiada frecuencia lo que consiguen es posicionar a una parte de la sociedad en contra de la otra. Es una falta total de empatía y su afán por acceder al poder, levanta sospechas; bien fundamentadas si nos ceñimos a la historia. Todo ello, necesariamente revestido de una falta de ética. Potenciar la ética desde la infancia posiblemente sea más necesario que cualquier otra materia; los hechos hablan por sí solos.

Lo repetiré de nuevo: necesitamos urgentemente conseguir a buenos gobernantes (si prevalecen las buenas mentes, las buenas ideas surgirán por sí solas).

Alguien dijo que un optimista es un pesimista que aún no se ha enterado. Vemos que estamos destruyendo el planeta, nos lo advierten grupos científicos de prestigio, pero

no dejamos de hacer lo mismo una y otra vez, cegados por la búsqueda de un beneficio inmediato. La perspectiva del futuro más probable no es muy halagüeña, pero si se tiene conciencia de este y de las causas que nos llevan hacia ese futuro no deseado, existe la posibilidad de intentar cambiar y, quizás, de revertir las cosas. No hacer nada es una indolencia negligente. Si una mayoría asume que no hay esperanza, entonces garantizarán que no habrá esperanza.

Terminaré con una frase de don Miguel de Unamuno que resume muy bien este ensayo:

“Deberíamos tratar de ser los padres de nuestro futuro en lugar de los descendientes de nuestro pasado”